

LA COMPOSICIÓN DE LA ATENAS DE PAUSANIAS

Esta cuestión, de gran importancia una vez que Pausanias representa para nosotros la fuente topográfica fundamental, puede decirse que apenas existió hasta 1877. Los datos suministrados por nuestro periegeta fueron hasta entonces aceptados casi sin crítica, y su autoridad fué apenas puesta en juicio. El que tomó por primera vez una actitud sistemáticamente crítica fué el gran Wilamowitz, quien la expuso de un modo incidental en una monografía sobre las fuentes de la biografía del historiador Tucídides (1). Wilamowitz pudo presentar su tesis, fundada más en la intuición que en un estudio detenido, con los caracteres de un descubrimiento. La coincidencia de un fragmento del periegeta Polemón llegado a nosotros en la vida de Tucídides por Marcelino (fr. 4 de Polemón en FHG II) con el texto de Pausanias I 23,9 parece probar con evidencia deslumbradora el paralelismo de las obras de ambos escritores; el citador del fragmento 4 de Polemón dice que éste hablaba del historiador en su obra *περὶ ἀκροπόλεως*, y es precisamente en la descripción de la Acrópolis por Pausanias donde hallamos el pasaje correspondiente, fuera del orden topográfico, que es el seguido de un modo generalmente riguroso por nuestro autor. Tenemos, pues, tanto en Polemón como en Pausanias, un *λόγος* que viene a intercalarse en un lugar determinado de manera demasiado sorprendente para que sea exclusivamente casual. Wilamowitz deduce de aquí que Pausanias sigue fielmente a Polemón, y que (p. 346) «copia rufinariamente y compone una extensa obra considerada como una periegesis, completada en parte con reminiscencias de visión propia y finalmente envuelta en la capa de la *ἀφέλεια* sofística y la imitación pueril de Herodoto». Por otra parte, admite

(1) *Hermes* XII (1877) 344 sgs. Ya un precedente en Preller *Polemonis fragmenta* Lipsiae 1838, quien confiesa —p. 50—: «nec dubium quin multa Pausanias a Polemone deprompsit, quamquam aperta huius uestigia ne uno quidem loco apud Pausaniam deprehendere equidem potui». Sobre la relación de Pausanias con Polemón insiste de nuevo pgs. 181-185. La posición ingenua de la filología frente a Pausanias puede verse en cambio en Curtius o en Wachsmuth II 130-285.

Wilamowitz otra fuente capital junto a Polemón, una *Atthis* del tipo general de colección de antigüedades —mitos, tradiciones, historia anecdótica—, y luego una serie de fuentes de menor consideración: mitógrafos, paradoxógrafos, historiadores. Señalaba luego Wilamowitz un camino que después ha encontrado seguidores: subrayar las omisiones en la *Periegesis* y concluir *ex silentio*. Esquemáticamente propone este argumento al marcar (p. 347 n.) con referencia a la descripción de Atenas la falta de todo dato posterior a Polemón, si exceptuamos la mención del monumento de Filopapo (I 25, 8) y la lista de las construcciones de Adriano (18, 9).

La ruta iniciada por Wilamowitz era indudablemente fecunda, aunque desde el comienzo se señalase alguna exageración. Se iniciaba el peligro de intentar reducir Pausanias puramente a sus elementos integrantes. Vino entonces una minuciosa investigación a continuar las sugerencias de Wilamowitz, y el libro de Kalkmann *Pausanias der Perieget* marcó el punto extremo de esta tendencia. Esta obra es una construcción atrevida, una vez que el mismo autor, desde la introducción (p. 5) reconoce que «de las palabras de Pausanias nada puede deducirse acerca de sus fuentes». Lo cual no va a impedir a Kalkmann en la investigación de éstas llegar hasta las últimas consecuencias del principio establecido por Wilamowitz. Comienza Kalkmann —y toda esta parte de su obra es precursora de tendencias actuales— por ambientar a Pausanias en su siglo, dentro del marco de la novelística griega de que es caricatura la *Vera historia* de Luciano. Para Kalkmann el rasgo saliente de la época literaria de Pausanias es que «se afecta autenticidad y se juega ante el lector a lo real y a lo vivido» (p. 1). Pausanias es según Kalkmann 11 —y su juicio le compartirá cualquier lector de la *Periegesis*— «un hijo de su siglo, un hombre adocenado y sin originalidad». Pero en el afán de reducir el itinerario de Pausanias a un viaje fantástico y fingido, del tipo que en la tradición griega se inicia con Ctesias y se prosigue en la larga serie de los ἐμπορικὰ διηγήματα, Kalkmann olvida algo que es fundamental: la narración de prodigios y cosas maravillosas y exóticas no pasa en Pausanias de ser lo accesorio, y una característica, la nota de exotismo, diferencia profundamente los relatos que Kalkmann compara y el viaje de Pausanias. Si no puede negarse que Pausanias gusta de intercalar prodigios y cosas maravillosas en su relato, no puede decirse que sean el objeto principal de él. Y en realidad la *Vera historia* de Luciano no tiene nada que ver con el tono general de la obra de Pausanias; sólo algunas líneas de aquélla

(II 128-129) recuerdan —se trata de la descripción de la ciudad del sueño— el tipo de narración periegetica. Con todo, el análisis de ciertas características en que Pausanias coincide con el tono arcaizante de su época es muy fino en Kalkmann 13 sgs., quien tiene razón al subrayar que si el periegeta habla repetidas veces de ἀκοή y de ὄψις cuando nosotros sabemos que sus datos provienen de fuentes escritas, y si designa las diversas partes de su obra como λόγοι, todo tiene su explicación en la imitación de Herodoto. Por lo demás, Kalkmann exagera hasta el punto de interpretar en su valor inmediato formas como ἠκουσα, tomándolas como fingido testimonio de tradición oral. Para Kalkmann también es fingido todo lo que en el libro de Pausanias hace referencia a tradición oral; para él, fórmulas como la de II 34, 5 ἐλέγετο γὰρ ἂν ὑπὸ Ἀργείων suponen que Pausanias más que las tradiciones populares, tiene en cuenta los autores locales, que en la opinión del crítico citado son sus verdaderas fuentes. Sobre la cuestión habremos de volver más adelante. El éxito de Kalkmann es indudable cuando nos convence de hasta qué punto es falsa la concepción literaria de nuestro autor. Establecido esto, la investigación encaminada a aquilatar el valor de las noticias dadas por Pausanias y a confrontar continuamente éstas con la realidad topográfica subsistente hoy, dispone de una gran experiencia. Este es el resultado del libro de Kalkmann, que nos llama la atención respecto del grado en que Pausanias es hombre de biblioteca que trabaja sobre papeletas, de un modo erudito. Pero la gran dificultad del problema, tal como lo enfoca Kalkmann, está en que Pausanias sigue el uso de su época y por tanto no cita los autores que utiliza. No de otro modo obran Diodoro con Hecateo de Teos y Macrobio con Gelio. Tal como la hemos expuesto en esquema, la tesis de Kalkmann pierde mucho de su virulencia hipercrítica. Pero en realidad, de las consideraciones extractadas deduce nada menos que Pausanias es un mero compilador de biblioteca, que no viajó por Grecia y que depende *en absoluto* de fuentes anteriores. En la parte geográfica la comparación con Estrabón ha tenido una importancia excesiva para determinar las fuentes: Kalkmann 155 sgs. señala para Pausanias no el Artemidoro propuesto por A. Enmann FJ 129 (1884) 497 sgs. esp. 516, sino otro autor, ya que el argumento de las coincidencias de Estrabón con Pausanias, señalado por Enmann, tiene dificultades demasiado grandes para admitir una fuente común; sirva de ejemplo de discordancia la isla Cranae, identificada con la isla de Helena en la costa de Atica por Estrabón IX 399, con una isla de Laconia por Pausa-

nias III 22, 1. El geógrafo fuente de Pausanias cree Kalkmann que puede ser fechado entre la guerra de Actium y el año 25 d. C. Al lado de éste, debieron influir léxicos generales geográficos. Kalkmann tiene un gran acierto al dividir la periegesis en dos partes, una de características predominantemente geográficas —descripciones de aldeas, campos, ríos, costas—, otra de tipo histórico-anticuario y artístico —descripción de ciudades—. Naturalmente las fuentes de uno y otro grupo de descripciones serán distintas en la concepción kalkmanniana. Concretándonos ahora a las fuentes de la descripción de Atenas, comprendida sin discusión en el segundo grupo, haremos notar que la argumentación de Kalkmann tiene una mayor importancia porque ha sido donde lo mismo él que sus contradictores han trabajado con mayor esfuerzo para determinar las fuentes del escrito de Pausanias. Y de Kalkmann arranca la fijación de los puntos de la controversia.

Kalkmann 54 sgs. comienza por señalar que el Pireo, según el testimonio del epistolario ciceroniano (*ad famil.* IV 5, 4, cf. Wachsmuth I 660), estaba completamente en ruinas en la época posterior a la guerra mitridática. Estrabón IX 395-96 no cita en el Pireo sino un santuario (1). De la antigua grandeza del puerto comercial no debía quedar nada, deduce Kalkmann, en la época de nuestro periegeta. Y sin embargo ¿qué hallamos en la descripción del Pireo por Pausanias? A pesar de la extraordinaria imprecisión de esta primera página de nuestro autor, parece reflejar la descripción de Pausanias un estado floreciente hasta cierto punto: se citan varios santuarios, dos ágoras, νεὼς οἴκοι, estatuas, pinturas. La destrucción del puerto por Sila, que Estrabón no omite, parece olvidada en la Ἄρσις de nuestro autor. ¿Cómo se explica esto? Sencillamente, dice Kalkmann, que acude a la solución de Wilamowitz, porque Pausanias no describe el Pireo de su época, sino que se limita a reproducir servilmente un escrito anterior, de antes de la guerra de Sila, un escrito que describe el Pireo de la buena época, y que no es otro que el de Polemón. El argumento *ex silentio* señalado por Wilamowitz obtiene en Kalkmann más amplio desarrollo: con este escrito antiguo como base se explicaría

(1) IX 395-96, descripción del Pireo: οἱ δὲ πολλοὶ πόλεμοι τὸ τεῖχος κατήρειψαν καὶ τὸ τῆς Μουσουλίας ἔρμα, τὸν τε Πειραιᾶ συνέστειλαν εἰς ὀλίγην κατοικίαν τὴν περὶ τοὺς λιμένας καὶ τὸ ἱερὸν τοῦ Διὸς τοῦ σωτήρος. τοῦ δὲ ἱεροῦ τὰ μὲν στοῖδια ἔχει πίνακας φαρμαστούς, ἔργα τῶν ἐπιφανῶν τεχνιτῶν, τὸ δ' ὄπαιθρον ἀνδριάντας. κατέσπασται δὲ καὶ τὰ μακρὰ τεῖχη, Λακεδαιμονίων μὲν καθελόντων πρότερον Ῥωμαίων ὀβστέρον, ἤνικα Σύλλας ἐν πόλει ἰσχυρίας εἶλε καὶ τὸν Πειραιᾶ καὶ τὸ ἄστυ.

la ausencia de toda mención en la descripción de Atenas del ágora romana, del monumento de Agripa, del templo de Roma y Augusto, de la Torre de los Vientos. Con la tesis de Polemón se explicaría el interés excesivo que en la 'Αττικὴς de Pausanias hallamos por la historia de los Diádocos, que parece acusar perspectiva distinta de la que correspondería a un autor del siglo II d. C. También le parece a Kalkmann sospechoso que hallemos enumeradas las obras de Adriano en Atenas todas juntas. Parece como si Pausanias, desconocedor en absoluto de Atenas, siguiera siempre el orden topográfico de su fuente principal, y luego conocedor por otra fuente de las obras de Adriano, pero sin disponer de ideas topográficas precisas y de un plano que le consintiera intercalar cada una de ellas en el lugar correspondiente de su «itinerario», se viera obligado a citarlas todas juntas sin situarlas con precisión.

Tales son los más impresionantes argumentos presentados por Kalkmann. Su libro tuvo una gran resonancia y fijó los términos de la polémica sobre Pausanias para algunos años; la bibliografía se siguió moviendo en el campo así acotado, y aunque la tesis de Kalkmann haya sufrido rectificaciones en lo fundamental, su libro puede considerarse como vivo aún.

Examinemos ahora la cuestión de la dependencia entre Pausanias y Polemón. Polemón de Ilion (1), «el más importante de los periegetas de la época alejandrina» escribió hacia comienzos del siglo II a. C. una serie muy extensa de obras, que han sido catalogadas así:

I Monografías locales:

1. Atica: a) περὶ τῆς Ἀθηνῶν ἀκροπόλεως, que incluye περὶ τῶν ἐν τοῖς Προπυλαίοις πινάκων. b) ἀναγραφή τῶν ἐπονύμων τῶν δήμων καὶ φύλων. c) περὶ τῆς ἱερᾶς οἰκίας.
2. Sición: περὶ τῶν ἐν Σικυῶνι πινάκων, incluyendo περὶ τῆς Ποικίλης στοᾶς τῆς ἐν Σικυῶνι.
3. Esparta: περὶ τῶν ἐν Λακεδαίμονι ἀναθημάτων.
4. Beocia: περὶ τῶν ἐν Θήβῃσι Ἡρακλείων.
5. Fócide: a) κτίσεις τῶν ἐν Φωκίδι πόλεων καὶ περὶ τῆς πρὸς Ἀθηναίους συγγενείας αὐτῶν. b) περὶ τῶν ἐν Δελφοῖς θεῶν.
6. Samotracia: περὶ Σαμοθράκης.
7. Asia menor: a) κτίσεις τῶν ἐν Πόντῳ πόλεων. b) περιήγησις Ἰλίου.

(1) Ver sobre él principalmente el opúsculo de M. Bencker *Der Anteil der Periegeten an der Kunstschriftstellerei der Alten*. München 1890 y Preller, ob. cit. en la n. 1.

8. Italia: a) κτίσεις Ἰταλικῶν καὶ Σικελικῶν. b) περὶ τῶν ἐν Σικελίᾳ ποταμῶν.

9. Cartago: περὶ τῶν ἐν Καρχηδόνι πέπλων.

10. Grecia en general: περὶ τῶν κατὰ πόλεις ἐπιγραμμάτων.

II y III Escritos polémicos y cartas:

a) τὰ πρὸς Τίμιον; b) τὰ πρὸς Ἀθαῖον καὶ Ἀντίγονον. c) ἀντιγραφὴ πρὸς Ἀναξανδρίδην. d) πρὸς Διοφίλον περὶ τοῦ Μορύχου.

IV Monografías misceláneas:

a) Ἑλλαδικίς. b) Ἑλληνικαὶ ἱστορίαι (?).

De todas estas obras no nos queda más que un grupo de un centenar de fragmentos, algunos insignificantes.

Sobre la posible relación entre Pausanias y Polemón, Wilamowitz tropezó con la única coincidencia que tiene un aspecto algo concluyente. La otra que Kalkmann señala (fr. 42 con Pausanias I 17, 1 y 24, 5) es insignificante: se trata del lugar común de la piedad de los atenienses; con razón ha podido decir irónicamente Frazer I pg. LXXXVII que con la misma razón se podría considerar a San Pablo (*Hechos* 17, 22) como inspirado en Polemón cuando habla de la δεισιδαιμονία de los atenienses. En realidad la posición de nosotros los modernos frente a Polemón es bastante difícil. No sabemos exactamente el contenido de sus obras, desde luego no consta que escribiera una descripción completa de Atenas, contra lo que llega a suponer gratuitamente Kalkmann 61; no conocemos hasta qué punto le utilizó Pausanias, quien desde luego no le cita nunca. Quizá en este punto la filología ha querido saber demasiado, pero el esfuerzo no puede decirse que haya quedado estéril: sabemos ahora cómo hay que leer a Pausanias.

La explicación de esta actitud de la filología para con Pausanias es clara: creía ver en él un escritor que utiliza libros a la manera de un filólogo, y por una especie de espejismo pretendía aquilatar en Pausanias cada pasaje referido a un texto fuente. Olvidábase así que Pausanias vivía dentro de la cultura antigua, y que gran parte de los datos que nos trasmite son lugares comunes, aprendidos en las escuelas, repetidos por todas partes y hechos sustancia de la vida intelectual antigua. Por consiguiente, lo que para el filólogo moderno es un texto, siempre un texto para el afán filológico por la letra, para el escritor antiguo eran cosas vividas, que se oía decir por todas partes y que, cuando las escribía, no sabía exactamente de dónde procedían. Esta debe ser nuestra posición respecto del texto de Pausanias en cuanto a sus fuentes.

El libro de W. Gurlitt *Über Pausanias* (1890) representó una reacción tal vez en exceso prudente, pero justificable. La filología renunciaba una vez más a genialidades y emprendía la defensa del pobre Pausanias, a quien Wilamowitz en su *Kydathen* (Philol. Untersuch. I) había colmado de insultos. Gurlitt reconoce que Pausanias es todo lo aficionado a historias maravillosas, todo lo hijo de su época sin originalidad, todo lo sofista que se quiera, pero hay un hecho fundamental que no cabe desconocer: Pausanias recorrió Grecia (naturalmente que no en el orden ni con las idas y venidas de su *Periegesis*), y su obra responde de una parte a lecturas y a cosas sabidas, de otra a recuerdos personales de viaje y a ecos de la tradición oral (1). Sin embargo el lector moderno no deja de sentirse extrañado del tono lejano e impersonal en que Pausanias habla. Es como la impersonalidad de nuestros Baedeker, pero hasta cuando el autor habla de cosas que dice ha visto, de conversaciones que ha tenido, etc., la filología nos advierte que hay en ello mucho de la ficción de la época, y nos quedamos también entonces sin poder darle crédito, obligados a trasladar todo esto a la zona de la ficción, de lo impersonal por consiguiente. Quizá por esta casi absoluta desaparición de la personalidad de Pausanias es por lo que la filología llegó a tener la propensión a considerar su obra como un mero montón de materiales que urgía atribuir a sus dueños. Gurlitt comienza su defensa de la personalidad de Pausanias haciendo notar (p. 5) que en todo caso su copia de Polemón no sería fiel: precisamente en Atenas, donde tenía más extensas obras del precursor que seguir, es donde Pausanias es, relativamente a la materia tratada, más breve. En segundo lugar señala Gurlitt 12 el absurdo que sería por ejemplo una guía de Roma que aludiera, no al estado actual de esta ciudad, sino al aspecto que presentaba cuatro siglos antes. No cabe desconocer la fuerza de este argumento, aunque, como veremos, la calificación como guía sea lo más discutible del libro de Pausanias. Subraya luego Gurlitt 23-25 la unidad de criterio metódico en toda la obra, desde el primero hasta el último libro, en cuanto al riguroso orden topográfico seguido. Esto excluye la hipótesis de la mera compilación de obras heterogéneas y supone en Pausanias la suficiente capacidad para ordenar y amoldar a un tipo unitario —casi diríamos monótono— todo el inmenso material que recoge. Por lo

(1) Ya decididamente a favor del viaje real de Pausanias —de lo que en Alemania se llamó «autopsia»— A. Enmann FJ 129 (1884) 517.

demás el mismo Gurlitt 22 reconoce que Pausanias no ha tenido necesidad de viajar en el orden en que describe, y que pudo por otra parte utilizar mapas, periplos y otros documentos topográficos. Sin embargo no hay que olvidar que planos de ciudades y mapas muy detallados con indicación de localidades muy pequeñas, no tenemos noticia de que existieran entonces. Esto ha de tenerse muy en cuenta para el procedimiento que nuestro autor pudo seguir —y para los que le estuvieron vedados— al escribir su obra. Si Pausanias ha de ser situado en su época y si su obra tiene evidentemente una gran unidad, sus fuentes habrán de ser *todas* de su época también; así las fuentes de donde proceden sus ideas mitológicas, como Gurlitt 29-33 señala, ya que las ideas religiosas de Pausanias son tan propias del siglo, con su arcaísmo tradicionalista y a la vez su racionalismo, que le lleva a interpretar los dioses con una gran libertad naturalista, mientras que de otra parte tiene un ciego respeto por los misterios de Eleusis (1). De la misma manera, sus gustos artísticos coinciden en absoluto con los de su época: prefiere siempre lo antiguo, lo arcaico, y concede siempre especial valor a las cosas extrañas. En este terreno, caso de suponer que todo Pausanias procede de fuentes de un modo inmediato, habría que aceptar que las fuentes que Pausanias transcribe son precisamente muy inmediatas a su época, nacidas en el mismo clima espiritual. ¿No será entonces más racional y más cómodo suponer que Pausanias organiza por sí mismo sus materiales? Pausanias es realmente un hombre de su tiempo; no es un erudito de biblioteca ni un viajero, pero dispone de la suficiente cultura corriente para considerarse dentro de la clase de los πεπαιδευμένοι que dirá Luciano, de los «ilustrados» de su frío siglo de ilustración. Sus digresiones —que luego veremos han dado lugar a que se discuta si son lo esencial de la obra— proceden evidentemente de diversos orígenes, escritos o también orales. ¿Por qué no hemos de creer a Pausanias en los casos en que él mismo nos revela la procedencia de sus noticias? Es el tono falso de la época el que le hace sospechoso, se nos responde. Pero en realidad en los casos en que no tengamos en contra sino vagas presunciones, podemos creerlo bajo su palabra.

La cuestión tan discutida de las citas de ἐξήγηται locales en Pau-

(1) Frazer I pg. LI sgs., Krueger *Theologumena Pausaniae*. Leipzig 1860, O. Pfundtner *Des Reisebeschreibers Pausanias Lebens- und Glaubensanschauungen*. Königsberg 1868.

sanias es resuelta por Gurlitt 58 de una manera prudente. Excepto Liceas de Argos, un nombrado ἐξηγητής por Pausanias (II 22, 2; 23, 8) y que evidentemente es un autor de una periegesis escrita, los otros ἐξηγηταί citados tan frecuentemente en la obra de Pausanias no pueden ser otros que los «guías de forasteros». No cabe duda que bajo el sol frío del siglo de los Antoninos floreció el turismo; Pausanias pudo recoger restos de tradición oral en la charlatanería de los cicerones locales (1). Por lo demás, fórmulas como λέγουσι no deben tomarse al pie de la letra; no cabe duda que Pausanias muchas veces con estos ingenuos arcaísmos herodotizantes alude a sus fuentes escritas. Todo esto, que parece una cuestión de minucias sin gran sentido, tiene una verdadera transcendencia histórica. Los ritos que Pausanias nos trasmite a lo largo de toda su obra ¿estaban vivos aún en el siglo II, o bien los toma de fuentes escritas? El aire frío e impersonal de nuestro autor dificulta la respuesta. Hay algún caso en que no puede negarse que el recuerdo personal se presenta con una vivacidad que le hace parecer verdadero. La decisión ha de atribuirse al sentido histórico. La importancia del problema está precisamente en determinar hasta qué punto lo popular fué ahogado en Grecia por el cultivo literario de los mismos motivos. Concretamente, el estudio de la tragedia respecto del estado de las leyendas populares conocidas por otras fuentes más inmediatas a lo popular primitivo, o el de los temas mitológicos, flotantes en lo popular y fijados, hasta cierto punto, como dogmas, en la literatura, merecería por sí una investigación (2). Quizá Pausanias sea para ella la mejor colección de materiales, mas para apreciarlos debidamente es necesario antes dar respuesta a la cuestión capital de a qué momento corresponden éstos. Para nosotros no cabe duda que Pausanias recogió en conjunto el estado de su propia época y nos ofrece las supervivencias en la Grecia del siglo II de un modo fiel, aunque con una excesiva inclinación por lo extraordinario. El sentido histórico nos permite reconocer en el siglo II dos fondos —lo ilustrado y lo popular— que se conjugan de modo semejante al de nuestro siglo XVIII; de aquí que todas las noticias que nos da Pausanias sobre usos, leyendas, cultos populares merezcan ser recogidas con cuidado. Gurlitt 138 sgs. ha podido

(1) En el mismo sentido Heberdey 8, Frazer I pgs. LXXVI-VII, Curtius 285, Wachsmuth I 38. Interesante especialmente Kalkmann 45 sgs.

(2) La distinción entre las dos capas, popular y literaria, de los mitos ha sido hecha egregiamente por Wilamowitz *Der Glaube der Hellenen*. En *Emérita* IV (1936) apareció un trabajo mío sobre los mitos atenienses en Pausanias.

señalar toda la importancia de lo popular en el siglo II; bien es verdad que Grecia estaba despoblada, que los primitivos habitantes habían emigrado o desaparecido en las calamidades de las guerras de los últimos siglos precristianos, pero sin embargo en las zonas campesinas alejadas, así en Arcadia, la población se pudo mantener lo suficientemente incontaminada por la literatura para conservar con fidelidad sus tradiciones. Gurlitt insiste en que las leyendas antiguas que todavía persisten en los cuentos populares de Grecia moderna exigen que la cadena de tradición no tenga roturas. Por mi parte recordaré que los santuarios no fueron nunca totalmente abandonados, puesto que a veces todavía se nota cierta coincidencia entre el culto antiguo y el cristiano que se implanta sobre el mismo solar (1), lo cual exige que no haya una etapa de real olvido con sólo la literatura como elemento conservador. Como contraste de los ejemplos aducidos en la nota anterior, diré que Delos, donde hay un abandono brusco, no conserva su culto bajo una forma cristiana, a pesar de que para la literatura es uno de los lugares favoritos. Por consiguiente, Pausanias nos describe ritos con vida normal aún en su tiempo; disiento en esto de las explicaciones de Wilamowitz (2). No tenemos garantías de que el culto ateniense de la *Βουφώνια* (Pausanias I 24, 4) no fuese una resurrección artificial en vez de un culto conservado espontáneamente hasta los tiempos del periegeta (cf. A. Mommsen *Feste* 551 sgs.), pero el establecimiento de cultos cristianos en el Partenón y Erecteón nos viene a asegurar la continuidad espontánea, popular de estos lugares sagrados. Y la lámpara eterna

(1) Así en el santuario cristiano de Hagia Moni cerca de Nauplia estaba comprendida la fuente Kanathos, citada en Pausanias II 38, 2, en que Hera renovaba anualmente su virginidad. Robert 100-101 cita otro ejemplo de iglesia cristiana sobre templo pagano (Hagia Triada sobre el santuario de Atenea Onga en Tebas —Pausanias IX 12, 2—). En Tenos hizo milagrosas curaciones de peregrinos Poseidón antes que la Panagia (cf. Wilamowitz *Der Glaube* I 215). Ya anota la correspondencia entre la dedicación antigua y la cristiana A. Mommsen en su útil monografía *Athenae christianae*, Leipzig 1868, p. 4, con referencia a trabajos anteriores en este sentido. Más adelante veremos entre otros un bello ejemplo en el Cerámico de Atenas.

(2) Quien sin embargo (*Der Glaube* I 382 sgs.) ha demostrado que en un caso particular, el sacrificio a Ártemis Lafria de Patras (Pausanias VII 18, 11-13), se trata de una reconstrucción artificial sobre recuerdos antiguos. Pero responderemos que Acaya es una región abierta, de gran actividad en la época romana, y más Patras, capital y puerto para el Occidente. Otra cosa son las regiones apartadas del interior.

que ardía en el Partenón según el testimonio del peregrino islandés Sävulf hacia el año 1103 (1), continúa la lámpara eterna de la vieja diosa de la Acrópolis (Pausanias I 26, 7), que quizá, sin apagarse nunca, vió un día a la Santa Sabiduría sustituir a la diosa de ojos de buho.

El sentido histórico no rechaza que Pausanias aluda a cosas aún vivas, sino que lo exige. Hay, eso sí, que distinguir lo que tiene vida popular, natural, espontánea, de lo que son resurrecciones arcaísticas de una época artificial. La piedra de toque me parece que está en las sustituciones cristianas. La nueva religión, al instalarse en los solares de la antigua y heredarlos, busca precisamente halagar el sentimiento de las gentes del pueblo, no de los hombres ilustrados, que se han liberado de la superstición del lugar, de la imagen, del templo. Hay que pensar que esas gentes del pueblo no están penetradas por la literatura hasta el punto de haber dejado que ésta sustituya y absorba toda su tradición, viva aún según deducimos del mismo Pausanias, que de paso nos dice (I 14, 7) que todavía en su tiempo «hay tradiciones muy distintas en cada demo y en la ciudad». Por consiguiente cabe tomar la aparición de un culto cristiano, sobre todo cuando éste tiene cierto paralelismo con el pagano sustituido, como prueba de que Pausanias nos trasmite realidades religiosas vivas aún en su tiempo con tradición ininterrumpida. Si se nos hace notar que la religión de los olímpicos estaba muerta en la época de Pausanias, responderemos, en primer lugar, que precisamente son elementos no olímpicos los que con preferencia nos trasmite el periegeta; en segundo, que aun una religión muerta en sí puede pervivir como fórmula mucho tiempo. Cultos que han perdido su sentido se mantienen con una tenacidad enorme. Sabido es hasta qué punto las fiestas del calendario cristiano sustituyen fiestas paganas. Esto supone que no haya habido un corte demasiado brusco y, por consiguiente: depone en favor de la contemporaneidad de los datos de Pausanias.

Concretándonos ahora a las correspondencias cristianas de los antiguos santuarios de Atenas (dejamos aparte los del Pireo, cuya topografía envuelve más difíciles problemas), vamos a presentar una lista de ellas:

1. La iglesia de Hagia Triada (Mommsen *Ath. chr.* n. 45) viene

(1) Judeich 15; curioso que Estrabón IX 396 coincida en dar este detalle de la lámpara perpetua como saliente: ἐπί δὲ τῇ πέτρᾳ τὸ τῆς Ἀθηνᾶς ἱερὸν ὃ τε ἀρχαῖος νεῶς ὃ τῆς Πολυτέρας ἐν ᾧ ὁ ἀσβεστός λύχνος.

casi a ocupar el lugar en que se bifurcaban la vía Sagrada y la Piraica. Sin duda la capilla cristiana continúa el santuario de los misteriosos Tritopáttores, del que no habla Pausanias, pero que nos han descubierto las excavaciones (1). En todo caso, esta iglesia viene a continuar la tradición sagrada del cementerio antiguo.

2. En el ágora, hay que reconocer que la situación, bastante confusa, no presenta mucho que ayude nuestra tesis. Las tres iglesias, de la Panagia Vlassarú, de los Santos Apóstoles (2) y de H. Ilias y Charalampis (Mommsen *Ath. chr.* n. 115), que se encuentran en el terreno del ágora, no podemos aún determinar si corresponden o no a templos antiguos. Quizá la Panagia sustituye a la Μητρὶς Θεῶν de Pausanias I 3, 4, aunque el sitio no sea rigurosamente el mismo según los resultados de las excavaciones americanas (3). En el ágora la cuestión se presenta bastante complicada. Aunque antes de conocer los resultados de las excavaciones, sea prematuro hablar de la topografía, quizá pueda suponerse un desplazamiento general hacia el centro del ágora, cuando ésta dejó de serlo y se cubrió de edificios la gran plaza. Las iglesias de Hagios Christos e Hipapanti quizá están en relación con el antiguo Ptolemeon (Judeich 353).

3. El Aglaurion (I 18, 2) quizá se continúa en la iglesia de Hagios Nikolaos en la vertiente norte de la Acrópolis (Mommsen *Ath. chr.* n. 1). El Anakeon (I 18, 1) tiene tal vez su sucesor en Hagios Sotir (Mommsen *Ath. chr.* n. 2).

4. En la biblioteca de Adriano (I 18, 9) hallamos una iglesia bizantina (Mommsen *Ath. chr.* n. 127).

5. El Liceo (I 19, 3) se continúa en la iglesia de Hagios Georgios.

6. En la cueva de encima del teatro (I 21, 3) hallamos a la Panagia Spiliótiſsa, quizá sucesora de Apolo y Ártemis (Mommsen *Ath. chr.* n. 28).

(1) Judeich 410-11, con bibliografía, Brueckner *Anz.* 1911, 182, Lippold AM 36 (1911) 105-109, estudio este último sobre la significación en la mitología de los Τριτοπάτορες ο Τριτοπατρεις, en relación quizá con el epíteto Τριτογένεια de Atenea. En la sustitución de los Tritopáttores (que —dice Lippold 109— «quizá por el sonido de τριτο- eran tres, aparte la tendencia natural a representar como trinidad la pluralidad indeterminada») por la Trinidad cristiana, juega la etimología popular.

(2) Mommsen *Ath. chr.* n. 108, con referencia a posible identificación con el altar de los Doce Dioses, cf. Curtius 79, 96.

(3) BSAV III (1934-35) 99.

7. En la fuente, parte la más sagrada de Asclepion (I 21, 4), hallamos de nuevo a la Panagia sustituyendo a un dios médico, como en Tenos.

8. Los templos de la Acrópolis, Partenón y Erecteón, tienen culto cristiano (*Erechtheum* 492 sgs., Judeich 106, Mommsen *Ath. chr.* n. 36, 37). La particularidad de la lámpara cristiana antes citada es enormemente interesante para nuestro punto de vista.

9. El Areópago con su culto a las diosas Erinias tiene una continuación cristianizada con el templo de Hagios Dionisio Areopagita (Judeich 301).

10. La Academia platónica tiene un extraño sucesor en San Trifón, obispo platonizante en relación con Sinesio, y canonizado tal vez *in situ* (BSAV III (1934-35) 95).

11. El Leneon tiene quizá su heredero en Hagios Atanasio (Mommsen *Ath. chr.* n. 44).

12. En Hagia Marina (Mommsen *Ath. chr.* n. 50) pretende ver B. Pace *Ausonia* IX (1919) Var. 13-16 una continuación, incluso en ritos populares, del santuario de Afrodita Urania, en el que las mujeres se dejaban resbalar por una roca en pendiente, como remedio para la esterilidad.

13. El llamado Teseon albergó una iglesia cristiana dedicada a San Jorge (Mommsen *Ath. chr.* n. 116).

Un examen de todas estas coincidencias nos permite su clasificación: tenemos en primer lugar una serie de ellas dudosas para nuestro objeto; por consiguiente las señaladas con los núms. 1, 2, 3, 5, 11, 12, no las vamos a utilizar como pruebas. La número 4 es más bien contraria a nuestra tesis, puesto que en algún caso la construcción de una iglesia cristiana pudo ser provocada por la simple presencia de restos de un edificio antiguo; en este caso no puede hablarse de continuidad de culto. Nos quedan sobre todo los números 7, 8, 9 y 13, pruebas evidentes 1.º de la continuación de un culto cristiano por uno pagano, 2.º de la no interrupción del culto pagano hasta el momento de la sustitución —¿por qué el afán de ocupar el lugar del viejo culto sino por recoger las capas de fieles más rutinarias y apegadas a lo material de la tradición?—, 3.º finalmente, pruebas de que Pausanias no se refiere a un pasado muerto del todo en sus días, ya que la sustitución cristiana será muy posterior a éstos. Por esta nueva vía llegamos a una conclusión semejante a la de Gurlitt: Pausanias refleja un estado histórico que corresponde muy bien al de su época. Si se alegan en contra testimonios contem-

poráneos del estado espiritual del helenismo, como el discurso XVIII de Dión Crisóstomo, responderemos que aunque la retórica del momento tiene razón al pensar Grecia como un país muerto sobre sus recuerdos, al testimonio no ha de dársele un valor absoluto. La tradición popular pudo a pesar de todo mantenerse ininterrumpida. Y por otra parte Pausanias no deja de hablarnos continuamente de ciudades de las que en su tiempo no quedaban sino ruinas abandonadas (1), lo que corresponde también al tono de Dión XXXI 630 R sgs., esp. 648-49 R y 659 R (2).

Otro camino por donde se ha intentado demostrar que Pausanias representa una simple repetición de fuentes anteriores, es por la cronología de los artistas citados. Pausanias, fuera de algún artista de su tiempo, no alude sino a escultores y pintores anteriores al siglo III. Esto se ha explicado lo mismo que la mención o no mención de monumentos. Se trataría de nuevo simplemente de la interpolación en un modelo antiguo de aquellas celebridades de sus días que le pareciesen dignas de inclusión. Sin embargo Gurlitt 194 sgs. ha podido mostrar que estas dos capas aparentemente mal fundidas, la de los artistas anteriores al siglo III y la de los contemporáneos, están justamente de acuerdo con los cánones estéticos de la época. En Plinio hallamos precisamente la misma idea de que la escultura ha florecido en dos épocas. Gurlitt ha subrayado con acierto que Pausanias cita muy pocos artistas de las olimpiadas 121-156 (296-166 a. C.), precisamente de la época más próxima a Polemón, quien no ignoró sin duda nombres de escultores de estos años, mientras que Pausanias, del siglo III sólo cita tres artistas, y concede a los modernos una consideración mayor que Plinio, en quien quizá se ha podido reconocer una fuente más antigua (3). También por este lado vemos que Pausanias organiza sus materiales con una cierta personalidad, sin que hallemos en absoluto una prueba de que depende de un precedente.

Una minuciosa investigación, modelo de la impersonalidad positivista que un día se estimó la esencia de la investigación filoló-

(1) Lista de ellas en Frazer I pg. XIV n. 6.

(2) El hecho de que Pausanias nos hable de tantas estatuas en la acrópolis ha hecho pensar en la contradicción con Dión Crisóstomo XXXI 644 R: τοὺς πλείστους (ἀνδριάντας) τῶν ἐκ τῆς ἀκροπόλεως Ἀθήνηθεν μετανεγκεῖν. Pero sin duda en la acrópolis llegó a haber tantas estatuas que pudieron faltar muchas y aún quedar las que Pausanias cita.

(3) C. Robert *Archaeologische Märchen* (Philol. Untersucht. X 1886) 56 sgs.

gica, es la de R. Heberdey *Die Reise des Pausanias in Griechenland* Viena Tempsky 1894. Heberdey reúne metódicamente todas las expresiones que en Pausanias pueden significar visión directa, las concede estrictamente su valor, y acepta la realidad auténtica de la mayoría de los itinerarios descritos en el libro. El gran mérito de Heberdey, resultado de su propia experiencia personal de viajero en Grecia, está en haber reconocido que el autor de una guía de un país determinado necesita recorrer la mayor parte del país, pero no absolutamente todo. Esta aproximación de las cosas a la realidad le condujo a resultados evidentes y seguros; por eso los dos mapas trazados por el mismo Heberdey y en los que quedan señalados los viajes hechos y los meramente descritos por Pausanias son aceptables.

Resuelto así el problema de la visión directa por Pausanias, resta el de la procedencia de los materiales artísticos, históricos, arqueológicos, de antigüedades, etc. No se trata en la obra de Pausanias de un libro de memorias personales de viaje, sino de una periegesis, de una verdadera compilación de datos eruditos de toda clase. En esto estamos de acuerdo con Heberdey, quien insiste (p. 2) con razón en que «a un manual así organizado, que pretende orientar al viajero sobre todas las curiosidades, no puede exigirse en modo alguno que descansa simplemente sobre la recolección personal del material».

Frente a los intentos de señalar exactamente las fuentes de cada orden de noticias, insistimos en nuestra posición a favor de una serie de fuentes imprecisables, fuentes que estaban en el ambiente, que no consistían precisamente en lo que un filólogo llamaría textos. La comparación con Estrabón, a que antes aludíamos, ha sido perturbadora. Para Estrabón, hombre que aún vivía en la órbita de expansión optimista de la cultura griega realizadora del helenismo, la vieja Grecia no era sino un rincón olvidado, la patria de los héroes homéricos (1), lo cual explica la posición de Estrabón respecto de sus fuentes en la descripción de Grecia. Para la época de Pausanias, en que se vuelve ansiosamente a lo viejo, Grecia continental es otra vez la madre a que hay que acudir para dar con el sentido primero de la cultura griega. Basta leer con espíritu comparativo los

(1) Cf. VIII 332 (introducción a la descripción de Grecia): τὰ δ' Ὀμήρου σκέψως δεῖται κριτικῆς, ποιητικῶς τε λέγεται καὶ οὐ τὰ νῦν ἀλλὰ τὰ ἀρχαῖα, ὧν ὁ χρόνος ἠμαῦρωκεν τὰ πολλὰ. Los libros que dedica a la vieja Hélade son poco más que esta σκέψις κριτικῆ, en la que su principal fuente es Apolodoro (VIII 338). La preocupación homérica ya se manifiesta en Estrabón desde la primera página (I 2).

libros VIII-X de Estrabón y la obra de Pausanias para darse cuenta de ello. Esta diversidad de actitud sentimental diferencia profundamente el modo de ver de ambos autores. Estrabón no conoció de Grecia continental sino Corinto. No podríamos en cambio concebir (aunque por lo demás no tengamos más prueba que el libro, libro sospechoso como producto de una época falsa) que Pausanias hubiera estado en Corinto sin pasar, él, el hombre amigo de lo viejo (1), por lo menos hasta Atenas y Eleusis.

Sobre el carácter del libro de Pausanias intentó llegar a alguna conclusión nueva M. Bencker en su disertación *Der Anteil der Periegesis an der Schriftstellerei der Alten* Munich Straub 1890, importante porque representa para nosotros opiniones nacidas al lado del gran Brunn. Bencker aspiró a cierta originalidad. Su análisis de los restos de las antiguas periegesis helenísticas es detenido y su clasificación de los fragmentos por el contenido, especialmente de los de Polemón, muy aceptable. Sin embargo, hoy, no podemos considerar acertada la característica que señala según él a Pausanias frente a toda la tradición de periegesis helenística. En los restos de ésta reconoce Bencker materiales históricos, mitológicos, de antigüedades, de historia literaria, etc. Frente a esta periegesis helenística, reconoce como típico y característico de Pausanias la existencia en su obra de juicios de orden estético, de materiales para la historia del arte: «la posición de Pausanias frente al arte, dice pg. 54, es distinta de la de los periegetas de época alejandrina. La descripción de obras de arte forma una parte esencial de su periegesis; hay en ésta juicios artísticos, listas de escuelas, investigaciones estilísticas y cronológicas, mención expresa de los escritores sobre arte (V 20, 2), interés manifiesto por el arte como tal y aprovechamiento de escritos de historia del arte». Esto diferencia para Bencker la obra de Pausanias, la personaliza y la hace independiente de toda fuente inmediata y única. Sin embargo, sus conclusiones no parecen suficientemente seguras: es demasiado poco lo que sabemos de Polemón y de todas las periegesis helenísticas. Si Bencker 70 tiene razón al señalar como final de su obra que «para la reconstrucción de Polemón, representante principal de la periegesis alejandrina, la periegesis de Pausanias

(1) Cf. pasajes como II 4, 5 y especialmente I 24, 3, donde la fórmula ὅστις δὲ τὰ τὸν τέγγη πεποιημένα ἐπιπροσθε τίθεται τῶν ἐς ἀρχαιότητα ἰχόντων... parece suponer que Pausanias no escribe su libro para ese hipotético lector que «prefiere las cosas artísticas a las de vejez venerable».

ha de emplearse con la mayor precaución», nosotros podremos contestarle que tampoco desde Pausanias podemos señalar lo que la periegesis polemoniana no fué; que en los fragmentos de Polemón conservados no hallemos casi ningún juicio artístico (1) no nos autoriza para saber exactamente que su periegesis era fundamentalmente distinta de la de Pausanias, cuya independencia y personalidad no hay que llevar hasta el extremo de hacerle creador de un tipo perieгético nuevo.

Todavía el último gran libro que sobre Pausanias ha aparecido es el de C. Robert. Robert mantuvo toda su vida una estrecha colaboración con Wilamowitz, y como éste, es partidario de un método arbitrario y personal. Los resultados de su *Pausanias als Schriftsteller* Berlin Weidmann 1909 están naturalmente dentro de la órbita wilamowitziana. El prejuicio contra Pausanias conduce a exageraciones, porque nunca será legítimo concluir que porque Pausanias como autor es de una monotonía poco talentada, su obra no es sino una copia de otra u otras, hecha sin sombra de personalidad. Pero Robert plantea desde el principio el problema de un modo nuevo: no se trata ya para él de la cuestión de fuentes, sino del carácter de la obra tal como la quiso el mismo Pausanias. Frente a la teoría de que Pausanias escribió una guía (2), verdadera precursora de nuestros Baedeker, Robert afirma todo lo contrario: la obra de Pausanias «no es sino una gran compilación de λόγοι, para los cuales la periegesis es simplemente el marco, de la misma manera que en Ateneo lo es el banquete». Robert quiere separar completamente los dos elementos que forman la obra de Pausanias, los λόγοι —relatos de todo orden, mitológicos, históricos, etc.— y los θεωρήματα —descripción o más frecuentemente enumeración de monumentos— y concede la mayor estimación a los de la primera categoría. Con esto, la polémica

(1) Sin embargo el mismo Bencker reconoce pg. 21 alguno de este tipo en Polemón. C. Robert *Arch. Märchen* 14 sgs. ha intentado con una agudeza tal vez excesiva deducir los elementos histórico-artísticos añadidos por Pausanias a la periegesis anterior. Su investigación sobre I 26, 4 es especialmente interesante al notar el anacronismo entre los diversos datos que nos da el periegeta: ya él mismo debió darse cuenta de que es imposible que un discípulo de Dédalo fuese el autor de una estatua ofrecida por Calias. Pausanias debió según Robert tomar las dos noticias contradictorias de dos fuentes distintas, una historia del arte que hacía de Endeo un discípulo de Dédalo y una periegesis que hacía constar que la Atenea de Endeo era exvoto de Calias. En este libro, pg. 15, todavía defiende Robert con calor la dependencia de Pausanias respecto de Polemón.

(2) Expuesta con máxima crudeza en Frazer I pg. XXIV.

sobre Pausanias —una polémica que va a ser mucho menos encarnizada desde luego que la primera sobre las fuentes— se traslada a otro campo. La cuestión tiene en la parte de Ática que nos interesa características especiales, como el mismo Robert 8 reconoce. Falta en la descripción de Atenas una separación entre ambos elementos tan rigurosamente hecha como en los libros siguientes, donde el mito y la historia, separados de la descripción de θεωρηματα forman como la introducción de la descripción de cada ciudad —así en los libros II (1), V-VI, VIII, IX y X— o de todo el libro —III, IV, VII—. En esto, como en todo lo demás, el libro I acredita estar escrito con menos experiencia y más descuido, como no han dejado de notar todos los autores que se han ocupado de nuestro tema (2). La historia de los reyes atenienses se nos da en resumen dividida en tres trozos I, 2, 6; 3, 2-3; 5, 2-4. Y falta una exposición de conjunto de las leyendas atenienses tal como en adelante la hallaremos al frente de cada historia de ciudad. Además, en la Ἀττικὴ predomina inexplicablemente un núcleo de λόγοι históricos de asunto más moderno que el de casi todos los demás de la Periegesis: parece como si la Atenas resucitada (I 20, 7) de los días de Adriano trasladara a Pausanias a la época de los Diádocos, evocada continuamente en el libro I, mientras que los campos casi desiertos y las ciudades arruinadas del interior le hacen recordar cosas más antiguas. Que Pausanias se ocupe de cosas de aquella época precisamente al tratar de Atenas no podrá ser explicado como puede serlo el que cuente la historia de Arato o Filopemen en los libros dedicados a Sicionia o Arcadia: Atenas significaba muy poco en la época de los Ptolomeos, de Lisímaco y de Pirro, cuyas historias incluyó Pausanias en la Ἀττικὴ. Hay en nuestro autor una secreta conciencia de que lo que hace es llenar huecos en la historiografía: no cuenta lo que está relatado en Herodoto, Tucídides y Jenofonte, pero repite en su obra lo que escribieron otros autores «cuyas obras perecieron antes que la memoria de los hechos que con ellas querían inmortalizar» (I 6, 1). Esto da color especial a su libro sobre Ática en cuanto a los λόγοι. El gran mérito de Robert fué señalar el aspecto que para un lector antiguo debió tener el libro de

(1) Interesante, como Robert 9 nota, que en este libro se va señalando el nuevo método, con transición: en la descripción de Corinto aún hallamos restos del procedimiento del libro I de intercalar λόγοι según los va sugiriendo la descripción. En Sición II 4, 1-4 ya se antepone la historia, en Flunte II 5, 6-7, 1 se distingue entre ἢ λέγουσιν y τὰ ἐς ἐπίδειξιν.

(2) V. p. ej. Curtius 287-88.

Pausanias: hay que pensar que su público debió ser, más bien que el de los viajeros (que a los pocos años de la muerte de Pausanias, arruinada definitivamente la cultura antigua y abandonados los sueños de resucitarla, desaparecieron), el de los eruditos amigos de curiosidades y de relatos extraños, el de lectores de paradoxógrafos. Por consiguiente Pausanias no ha de creerse que ha sido siempre de un modo predominante guía topográfico. Robert, como suele suceder, ha exagerado el alcance de su teoría hasta reducir Pausanias a un mero colector de λόγοι que hace de la periegesis propiamente dicha un marco artificial, una ficción para dar simplemente cierta ilación a la obra.

La verdad en esto, después de muchos años desde la polémica, la ha dicho Wilamowitz en su libro *Der Glaube der Hellenen* II 508-10: Pausanias escribió quizá sin intenciones topográficas, pero ciertamente ya desde la antigüedad ha sido utilizado como guía.

Robert hace de la composición, naturaleza y relación con el lugar de la obra en que se intercalan los λόγοι, un análisis que le permite fijar la posición en que se coloca el periegeta respecto de los monumentos citados en su «viaje». Vamos ahora a analizar la relación entre ambos elementos, λόγοι y θεωρήματα, en I 1-30 (descripción de Atenas): la descripción de los puertos es apenas una enumeración, que en cambio sirve de base a numerosas alusiones y a digresiones relativamente amplias: Falero es casi sólo el pretexto para recordar que de allí partieron Menesteo y Teseo; el Pireo sirve de motivo para hablar de Temístocles y de su tumba, de la pintura que ofrecieron sus hijos en la Acrópolis, etc. (I 1, 2). El recinto sagrado de Atenea y Zeus contiene, además de las imágenes de los dioses, una pintura de Arcesilao que representa a Leóstenes; Pausanias con este motivo dedica la mayor parte del § a la guerra lamíaca (1, 3). Después de una breve enumeración, la mención de un santuario de Afrodita Cnidia da ocasión a una digresión más sobre los varios santuarios que de la diosa hay en Cnido (1, 3). El § 4 es de mera enumeración, sin orden topográfico; el § 5 es —nótese la coincidencia con Estrabón IX 398— una reminiscencia de Herodoto VIII 96.

Después de esta enumeración, bastante confusa, de los θεωρήματα de los puertos, Pausanias 1, 5-2, 1, comienza a emplear el método periegético de itinerarios. Notable en el primero —de Falero a Atenas— la observación crítica sobre la cronología del incendio del templo de Hera. La mención de la tumba de la Amazona da ocasión a un contraste entre lo que dicen los atenienses —¿la tradición

popular?— y lo que Pausanias leyó en el poeta Hegias. 2, 2 comienza un nuevo itinerario: en cuatro palabras tenemos la historia de las murallas de Atenas, de la muerte de Eurípides, con una digresión (2, 3) sobre la presencia de los poetas en las cortes, que para un lector que busca los datos topográficos no es muy oportuna. En los §§ 4 y 5 se inicia un mayor rigor topográfico; en cambio el § 6 es un fragmento de la historia mítica de Atenas, enlazado a 3, 2-3 y 5, 2-4, y que en germen es una de las grandes digresiones del tipo de las que Pausanias colocará en los libros siguientes separadas de lo topográfico, al frente de la descripción de cada región o ciudad. El § 3, 1 presenta con la alusión al pórtico regio un comienzo de digresión sobre Hémera y Céfalo, con cita de Hesiodo. Los §§ 2 y 3 presentan digresiones: una crítica de la tradición popular que hacía a Teseo fundador de la democracia, un resumen de la historia de la guerra de Leuctra ocasionado por las pinturas del pórtico de los doce dioses. Un simple retrato de Calipo en el Buleuterion origina una digresión de todo un capítulo, el 4, sobre los galos, primera de las extensas narraciones históricas de la obra, y que cae dentro de la época que hemos señalado como general para las digresiones de la descripción de Atenas, que nos convencen de cómo la Atenas de los tiempos en que la visitó Pausanias se sentía más bien semejante a la Atenas de los tiempos helenísticos que a la gran Atenas que había hecho papel en la historia universal. Nueva digresión hallamos en 5, 1-8, 1; la mención de los epónimos antiguos y modernos la origina; los antiguos son recordados con brevedad, Ptolomeo Filadelfo (y de paso su padre, Ptolomeo hijo de Lago) y Atalo merecen de nuestro autor historias más largas. Las diferentes estatuas de que habla Pausanias a continuación (8, 2; 13, 9) le dan motivo para nuevas indicaciones históricas: la muerte de Demóstenes, los reinados de Ptolomeo Filómétor, de Lisímaco, de Pirro, con la misma preferencia por los temas de la época helenística que hemos señalado para toda la Ἰστορία de Pausanias. El cual parece que lo que quiere darnos es un suplemento a los historiadores clásicos (1), lo que por otra parte no le impide repetirnos lugares comunes, como el referente al cabo Coliás (I 1, 4) o a Failo (X 9, 4). El § 4, 1 nos presenta el grave problema de la

(1) Cf. especialmente I 6, 1: ὡς μὴ μένειν ἔτι τὴν φήμην αὐτῶν καὶ οἱ συγγενόμενοι τοῖς βασιλεῦσιν ἐπὶ συγγραφῇ τῶν ἔργων καὶ πρότερον ἔτι ἡμελήθησαν, τούτων εἶνεκα μοι καὶ τὰ τῶνδε ἐπήληθε δηλώσαι ἔργα... y 9, 4: τούτοις (Filipo y Alejandro) μείζονα ὑπήρχε πως ἢ ἄλλον πάρεργα εἶναι λόγου, sobre lo cual cf. Kalkmann.

fuente Eneacrunos, que será tratado en su lugar de mi comentario. Los dos templos de culto demetriaco que hay ὑπὲρ τὴν κρήνην dan motivo a una disertación (14, 2-3) en que Pausanias contrapone lo que dicen «los de Argos» y «los atenienses», con evidente alusión según parece a la creencia popular, ya que, junto a ella Pausanias no olvida decirnos lo que indican los poemas de Museo —con la duda crítica «si es que son de éste» tales cantos—, y el drama *Álope* de Querilo. El pasaje es interesante en su final, donde Pausanias descubre su relación personal con los cultos de Eleusis, que como es sabido florecen de nuevo desde los días del iniciado Adriano. La estatua de Epiménides (14, 4) de nuevo lanza al autor a una digresión sobre otro tipo profético semejante, Tales de Gortina. Del mismo modo una digresión sobre la tumba de Esquilo surge de la simple mención de Maratón (14, 5). En 14, 6 y 7 vemos cómo Pausanias no pierde ocasión de exhibir sus conocimientos mitológicos. La descripción del Pórtico Pecilo (15, 1-4) hay que reconocer que es bastante objetiva; de digresiones no hallamos sino una muy corta sobre las amazonas (§ 2), pero no falta un lujo de pormenores que para el lector moderno que busca el dato preciso, topográfico o artístico, es incómodo. Una vez más es una simple estatua (16, 1) la que da lugar a una historia, la de Seleuco, brevemente contada (§ 2-3), que completa el cuadro de la historia helenística en nuestro libro. El último § de este capítulo nos da una serie de pormenores de inoportunidad típica de la periegesis: se nos habla del Apolo de bronce de Mileto, de la fundación de Seleucia, de los caldeos del templo de Bel en Babilonia. La mención de los altares del ágora (17, 1) sale del orden topográfico y forma un grupo de monumentos que no está en el «itinerario» (1) de Pausanias, del mismo modo que los monumentos de Adriano en 18, 9, los tribunales atenienses en 28, 8-11, y de un modo típico los altares de Olimpia en V 15, 3-9. También están fuera del orden periegético la breve descripción del Museon y monumento de Filopapo (25, 8) y la mención de la tumba de Tucídides en la puerta Melítide (23, 9). Como adjuntos al ágora describe Pausanias 17, 2-3 el gimnasio de Ptolomeo y el Teseon; aquí hallamos otra nueva digresión sobre la muerte de este héroe, el país tesprotio, etc. El santuario de los Dioscuros o Anakeon está en 18, 1 descrito con precisión; el Aglaurion (18, 2) da lugar a una digresión sobre las tres hijas de Erecteo, Aglauro, Herse

(1) Uso la palabra con todas las precauciones que recomienda Robert 72-73 en su crítica del antiguo concepto de la periegesis.

y Pándroso. Los §§ 3-5 son bastante escuetamente topográficos; sólo el último se desvía para hablar de los sacrificios que los de Delos hacen a Ilitíia, del origen de esta diosa según la tradición cretense, de cómo son las imágenes de madera que de ella poseen los atenienses. También son de contenido topográfico los §§ 6-8, si exceptuamos unos cuantos lugares comunes sobre Isócrates. Una anécdota de Teseo da comienzo al capítulo 19. Robert 5 ha hecho resaltar la importancia del § 2 del mismo para el conocimiento del carácter esencial de la periegesis: Pausanias nos dice que sobre los Jardines y el templo de Afrodita no tienen los atenienses nada que contar (οὐδείς λεγόμενός σφισιν ἐστὶ λόγος), por lo cual se limita a la indicación topográfica. Casi lo mismo se podría decir de los §§ 3 y 4, si exceptuamos alguna indicación sobre Lico y el origen del nombre de los licios, y sobre Niso. La cuestión de la topografía del Iliso (19, 5) hoy está definitivamente aclarada: sin duda Pausanias se desvía del estricto orden periegético (cf. Robert 106). Agras (19, 6) arranca al frío periegeta una retórica exclamación — que Robert 210 descubre es un calco de una expresión pindárica — ante el maravilloso estadio de mármol. La calle de los Trípodos (20, 1-2) da ocasión al relato de una conocida anécdota de Praxíteles y Frine; nueva digresión en el § 3 sugieren las pinturas del santuario de Dioniso en el teatro; y una detallada narración de la guerra mitridática en lo que concierne a la conducta de Sila con Atenas (20, 4-7) toma ocasión de la cita del famoso Odeon de Pericles. Sobre el teatro, Pausanias nos cuenta anécdotas (21, 1-2); la representación de un trípode (§ 3) da ocasión al periegeta para hablar de lugares de Lidia que sin duda le eran familiares (1). El Asclepieion es apenas citado, en cambio nuestro texto habla extensamente de las habilidades de los sármatas y del santuario de Apolo Grineo. Nueva digresión sobre la historia de Teseo, Fedra e Hipólito llena 22, 1-2; la entrada en la Acrópolis da motivo para contar la historia de la muerte de Egeo (§ 4-5); de la descripción de las pinturas de los Propileos (22, 6-7) se salen las indicaciones crítico-literarias sobre Museo. La introducción al supuesto monumento de Leena es bastante extraña para el lector moderno: se comienza (23, 1-2) hablando de los siete sabios, de Pisístrato y sus hijos, para hacer la transición extraña e inesperada, que, como ha visto muy bien Robert 96-98, sólo se une a lo que precede con una fina alusión a los sabios de Grecia, inasible para el lector moderno,

(1) V. Frazer I pg. XIX.

pero que debía ser muy agradable para los gustos cultos de la época de Pausanias. El nombre de Diítrefes 23, 3-4, leído quizá en una inscripción (1), da lugar a nuevas disertaciones sobre la destrucción de Micaleso y sobre el uso de las flechas entre los griegos.

No me explico por qué Curtius supone que la Acrópolis es la parte de más valor topográfico de toda la descripción de Atenas por Pausanias. La narración sobre los sátiros es bastante inoportuna (23, 5-6); en los §§ 7-10 sólo libra al periegeta de digresiones su plan de no contar lo que han contado los autores que considera como clásicos, especialmente Herodoto: sobre Hermólíco ya había hablado éste IX 105, sobre Formión Pausanias hace una digresión que ha criticado como errónea Wilamowitz *Hermes* 12 (1877) 316. El § 24, 4 nos presenta un ejemplo del interés de Pausanias por los ritos extraños, que en otros libros tendrá más manifestaciones que en el I, donde sólo un poco más arriba (§ 2) y algo más adelante (26, 5; 27, 3) hallamos ejemplos. La estatua de Olimpíodoro (25, 2) da lugar a la narración de la historia de éste, con antecedentes y todo. Sólo en 26, 4 reanuda Pausanias la descripción topográfica. La cuestión del Erecteón y del viejo templo es lo bastante complicada para demostrar que los datos topográficos que suele dar Pausanias no tienen nada de precisos. Una digresión crítica muy del gusto del periegeta —sobre cómo podía estar en poder de los atenienses la ἀκινάκη de Mardonio, quien en la batalla había caído no a manos de los atenienses, sino de los espartanos— hallamos en 27, 1. La historia de las arréforas (27, 3) es de nuevo testimonio del interés de Pausanias por las cosas venerables y los ritos antiguos. Los §§ 4-7 están llenos de historias de Teseo; dos estatuas sirven de pretexto para ellas. El orden topográfico predomina en todo lo que sigue hasta 28, 7; no faltan sin embargo algunas cuestiones en las que Pausanias ejerce su crítica: quién fué el primero que dijo que las Erinias tienen la cabellera de serpientes, cómo es que los huesos de Edipo están en Atenas si él murió según Homero en Tebas; también una historia del origen del culto de Pan en Atenas. La nave Panatenaica (29, 1) da lugar a una comparación con la nave de Delos. Las cosas sagradas (§ 2) son aquí tratadas separadamente de las tumbas (§§ 13-16), sobre las cuales Pausanias no da ni un solo dato material; sin perder

(1) Es una inscripción mal leída: no se trata de Diítrefes, sino de Hermólíco: $\eta\epsilon\rho\mu\acute{o}\lambda\iota\kappa\omicron\varsigma$ | $\Delta\iota\iota\tau\acute{\rho}\epsilon\phi\omicron\varsigma$ | $\acute{\alpha}\pi\alpha\rho\chi\acute{\epsilon}\nu$. | $\text{Κ}\rho\acute{\epsilon}\sigma\iota\lambda\alpha\varsigma$ | $\epsilon\pi\acute{o}\theta\epsilon\sigma\epsilon\nu$, IG I 527. Sobre ello volveré en el comentario.

en cambio ocasión de ostentar conocimientos históricos, nada nos dice sobre la topografía de las tumbas. El altar de Eros (30, 1) da lugar a la mención del de Anteros, citado fuera de toda relación topográfica (τόν δὲ ἐν τῇ πόλει βωμόν καλούμενον Ἀντέρωτος ἀνάθημα εἶναι λέγουσι μετοίκων...), pero con una historia sentimental, que debía ser muy del gusto de la época, sobre los amores de Timágoras y Meles. La alusión al altar de Prometeo (§ 2) sirve para una digresión sobre la carrera de antorchas. En el § siguiente hallamos una anécdota de Sócrates y Platón y una crítica de la existencia de Cicno, rey de los ligios transformado en ave por Apolo, cosa que Pausanias intenta explicar racionalistamente. Colono con sus santuarios da fin (§ 4) a la descripción de Atenas; la alusión a Antígono parece que una vez más nos hace presente que la Atenas de Pausanias estaba llena de recuerdos de la época helenística.

En resumen, el análisis de la descripción de Atenas no nos permite aceptar en toda su extensión la tesis de Robert de que Pausanias no pensó ni por un momento en escribir una guía. Sin embargo aquella idea de Wachsmuth que interpreta el hecho de que Pausanias en ciertos casos nos hable de imágenes sin haber hablado de los templos en que estaban, como demostración de que su obra fué escrita como mero suplemento a las guías locales, después de los estudios críticos de Robert debe ser abandonada. Pausanias, dice Robert, pensó simplemente escribir un libro de lectura agradable, no una guía (1). En este sentido, Pausanias es un simple continuador de la periegesis anterior a él. Que precisamente su Ἀτθίς sea la parte más floja de su obra podría explicarse, de una parte, como se ha hecho siempre, por su inmadurez e inexperiencia al componer esta primera parte de su libro; de otra, señalaré su dependencia de un material escrito enorme, lleno sin duda de digresiones —aquí la clave de que la Ἀτθίς sea la parte de su obra más abundante en ellas—, y, por heterogéneo, difícil de manejar. Hallamos referencias a varios autores que trataron de cosas de Ática dentro del campo de la periegesis; Pausanias debió conocerlos, y no pudo evitar su dependencia en general del material periegético que hallaba elaborado ya. Si en los otros libros parece que Pausanias extracta metódicamente cro-

(1) Sin embargo la palabra περιηγητής tiene un valor muy próximo al de ἐξηγητής («guía») en Luciano *Vera Hist.* II 127, lo que nos hace pensar que quizá ya para el mismo Pausanias y los antiguos tenía su libro un doble carácter, el que le señala Robert, y a la vez el de verdadera guía.

nistas y mitógrafos locales, en el I creo que se limita a utilizar periegetas, ya que sus digresiones no van nunca como algo metódico, sino al azar, según los monumentos aludidos las van sugiriendo. Por eso, la Ἀτθίς de tipo mitológico-histórico que Wilamowitz supone utilizada por Pausanias yo me inclino a eliminarla del campo de las fuentes directas posibles. Por el contrario, la coincidencia de Pausanias con el tipo periegético que podemos reconstruir por los fragmentos que nos quedan es perfecta. La diferencia que quiso Bencker señalar entre esta periegesis alejandrina y la de Pausanias, con una introducción en esta última de lo histórico-artístico como elemento diferenciador, me parece inexistente. Y no resultaría una grave objeción el que con Kalkmann (esp. 184-199) se admitiera en la composición de la Ἀτθίς de Pausanias una fuente especial para los datos de historia del arte, cuya existencia quedaría evidenciada por las coincidencias de la periegesis con Plinio. La cuestión entra ya en el campo, bastante problemático, de las fuentes del compilador latino. Y no se olvide por otra parte que las coincidencias de Plinio con Pausanias podrían explicarse, como quiere Gurlitt 195, por modos de valorar generales en una época, por ese vínculo de la contemporaneidad, establecido por el hecho de respirar el aire histórico de épocas próximas.

Después del libro de Robert, la polémica sobre Pausanias no ha obtenido una nueva exposición general. E. Petersen *Pausanias der Perieget* RhM 64 (1909) 481-538 se sitúa en la línea tradicional, de Gurlitt y Heberdey, para defender contra Robert la autenticidad del carácter de guía de Pausanias: «si la periegesis hubiese sido para Pausanias exclusivamente una forma de exponer, el consecuente mantenimiento del orden topográfico se habría convertido en una obligación pesada» (pg. 487). Vuelve, pues, Petersen a la teoría de que la periegesis es esencialmente una guía y hace notar que las expresiones del tipo: ἐκ Σικυωνος δὲ κατ'εὐθὺ εἰς Φλιθόντα ἐρχομένοις καὶ ἐν ἀριστερᾷ τῆς ὁδοῦ δέκα μάλιστα ἐκτραπέισι στάδια Πυραία... ἐστίν (II 11, 5), ἀνατρέψαι δὲ ἐς τὴν ὁδὸν διαβάσει τε αὐθις τὸν Ἄσωπὸν καὶ ἐς κορυφὴν ὄρους ἤξουσιν... (ibid. 5), tan frecuentes, son verdaderas fórmulas de guía. Petersen llega a hacer un catálogo de cosas citadas fuera del orden rigurosamente topográfico: en Atica sucede esto más que en los libros siguientes; sólo en Olimpia el orden se vuelve a alterar de una manera consciente y con frecuencia (pg. 488). A la explicación que da Petersen —la gran cantidad de cosas que describir en Atenas y en Olimpia—, añadiremos por nuestra parte que la influencia de diversas

y heterogéneas periegesis anteriores pudo ser mayor precisamente en la composición de los libros I y V-VI. El afán de Petersen es salvar a Pausanias como guía, salvar el concepto moderno de Pausanias. Su observación de que como guía no se le puede pedir el rigor que a un «profesor alemán» es justa (pg. 491).

Un último estadio de la polémica suscitada por Robert significa el estudio de G. Pasquali en *Hermes* 48 (1913) 161-223, defensa de la tesis de aquel autor contra Petersen. El punto de vista de Pasquali es puramente literario, sin gran atención en lo arqueológico. De sus argumentos, el que sirve para fundamentar que Pausanias no escribió un libro de viajes porque no describe en realidad piezas de arte con el tipo de descripción empleado por Teócrito —*id.* I—, Luciano, el epigramático Leónidas de Tarento, etc., no me parece muy consistente. En cambio sitúa muy bien Pasquali a Pausanias en la línea de los periegetas: Heliodoro, Cecilio, Polemón, especialmente. El punto de vista histórico-antiquario es para Pasquali el que caracteriza el género literario periegético, cuyos remotos orígenes habrá que buscar en Hecateo y la logografía jónica. El tránsito entre esta forma literaria y la periegesis le representan para Pasquali el papiro de Hawara publicado por Wilcken en el *Genethliakon für Robert* 191 sgs. y Heraclides (FHG II 95 sgs.), autor del siglo III que para Pasquali es el que une los logógrafos jónicos y la periegesis de Polemón. Su papel es determinante sobre todo en el elemento estilístico —de tanta significación dentro de la concepción robertiana del problema: Heraclides es el introductor en la periegesis del «bello estilo», que tanta parte ha de tener en Pausanias, según ha demostrado claramente Robert.

El resultado de todos estos esfuerzos críticos ha sido, de una parte, hacernos advertidos sobre la significación de Pausanias y sus posibles relaciones con fuentes escritas; de otra, subrayar que el valor de Pausanias estaba para él y sus contemporáneos tanto en la parte topográfica, que a nosotros nos interesa, como en las digresiones, que si a los modernos a veces nos molestan, eran sin duda para el autor «motivo de orgullo» (Robert 38). En cuanto a la descripción de Atica, concretamente, podemos responder que Pausanias utilizó las anteriores manifestaciones de la literatura periegética con una gran falta de método y de rigor, lo que explica, junto con la serie de lugares comunes que Pausanias repite, y que sería difícil hacer proceder de un libro determinado, las características vagas y confusas de la Ἀττικῆς. El antiguo equilibrio de λόγοι y θεωρήματα, para

los modernos se ha roto a favor de estos últimos, pero después de la crítica de Robert, no podemos caer en la anterior ingenua concepción de un Pausanias puramente guía. Nuestro comentario a Pausanias acentuará este carácter de guía, pero el que quiera comprender íntegramente la obra, no habrá de olvidar que los λόγοι, que nosotros no comentaremos, como menos importantes, tenían para su autor una significación igual por lo menos a la de la parte topográfica y artística, y que el estilo tiene una importancia que nosotros apenas podemos apreciar. Pausanias es para nosotros algo muy distinto de lo que él quiso ser para su época.

ABREVIATURAS BIBLIOGRÁFICAS

- AM Athenische Mitteilungen.
 Anz. Anzeiger anejo al JDAI.
 BSAV BOLETÍN DEL SEMINARIO DE ESTUDIOS DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID.
 Curtius Ernst Curtius *Die Stadtgeschichte von Athen* Leipzig.
 Frazer Pausanias, traducción inglesa y comentario, 2.^a ed.
 FHG Fragmenta Historicorum Graecorum, ed. C. y M. Müller, Didot.
 FJ Fleckeisen Jahrbücher.
 Gurlitt *Über Pausanias* Graz 1890.
 Heberdey *Die Reise des Pausanias in Griechenland* Viena Tempsky 1894.
 IG Inscriptiones graecae (I=I ed. minor; II=II/III ed. minor fasc. I y II, 1916 y 1913; III=ed. maior II 1, 2, 3, 4 y 5; III=III ed. maior 1872-78; IV=IV ed. maior 1 y 2, 1877-91 y 1895).
 JDAI Jahrbuch des deutschen archäologischen Instituts.
 Judeich *Topographie von Athen* ed. 1931.
 Kalkmann *Pausanias der Perieget* Berlín 1886.
 Mommsen A. Mommsen *Feste der Stadt Athen im Altertum* Leipzig 1898.
 RhM Rheinisches Museum.
 Robert *Pausanias als Schriftsteller* Berlín 1909.